



ITURBIDE

Fué un soldado atrevido á quien se le ocurrió un día hacerse trágico.

No teniendo nada en la cabeza, resolvió ponerse en ella una corona.

Militar valeroso, imaginación romancesca, á la cual había deslumbrado la reciente historia de Bonaparte, resolvió imitarlo. No había vencido á Italia, pero hizo su *diez y ocho brumario*.

Imitar el crimen es más fácil que conquistar la gloria, pues para lo primero basta la audacia;

para lo segundo se necesita el genio, y éste no se da silvestre.

Servir á la libertad para venderla luego, ha sido la vieja teoría de los explotadores de pueblos.

Aristóteles lo dijo : *todos los grandes tiranos han sido antiguos demagogos.*

Iturbide no sirvió á la libertad sino para servirse luego de ella.

Envuelto en la bandera tricolor, aquel soldado audaz soñaba con la púrpura.

En la intemperie de los campamentos pensaba en los esplendores del trono, y corría hacia él con ambición desmesurada.

Nunca amó sinceramente la democracia, y cuando escribió en sus banderas el *Plan de Iguala*, se veía en ellas el perfil siniestro de Fernando VII.

Fué separatista, pero no republicano. Aspiraba á crear un imperio para él; no un país para la libertad.

Traicionó primero á la monarquía, y á la república después.

Con Ruiz de Apodaca, con Guerrero, con O'Donnoju, siempre fué monárquico. Su último sueño fué el Imperio.

Los pretorianos han sido los padres de los emperadores, y lo fueron á su vez de Iturbide.

Un día, aquel soldado se hizo César, proclamado por su ejército, y la República quedó asesinada á sus pies.

Como era déspota, tuvo á su servicio las dos fuerzas de toda tiranía : el clero y el ejército : la suprema lejanía de la conciencia.

Un congreso de curas y soldados puso en sus sienes una corona, y él se creyó rey.

Este sueño fué fugitivo, como un ensueño de amor.

Un día, el déspota despertó con el ruido de su imperio sietemesino que se desplomaba, al eco de los clarines y al grito de los soldados de Santana.

Al abrir los ojos, encontró la República firme, erguida, de pie, y no volvió á ver su faz augusta sino para ser perdonado por ella.

La libertad no se dignó vengarse.

Solitario, sin gloria y sin corona, aquel emperador exótico, más desgraciado que Dionisio, tomó el camino del destierro, y fué á vivir entre los *lazzaroni* de Nápoles.

La Europa monárquica, ese nido de odios coronados, que anda siempre en busca de traidores para ungirlos, y de los americanos tráfugas de la libertad, para alentarlos en sus sueños de dominio, recibió á Iturbide con honores de rey.

Los Borbones y los Hapsbourgs, que han odiado siempre como monarcas la república, trataron de igual á igual al soldado que la había traicionado. Con Bonaparte hicieron lo mismo. Democracia del delito !

El pseudo-emperador sufrió vértigo.

Sopló sobre su cabeza desvanecida todo el tropel de sueños de la ambición, y empujado por las manos temblorosas de esos reyes moribundos, que sin fuerzas para sostener su propio cetro pensaban en fabricar otros en América, aquel soñador impenitente se lanzó de nuevo á la aventura.

Había hecho el drama : le faltaba sucumbir en la tragedia.

La corona de Moctezuma lo atraía como la boca de un abismo.

La ambición le formó el miraje....

Un día, remendó su roto manto de emperador, y abandonando el azul y tranquilo golfo de Nápoles, lanzó su nave con rumbo al oscuro y tormentoso golfo mejicano, cuyas espantosas corrientes ponen pavor en el ánimo de los más serenos marinos.

Iba en busca de su corona.

Era una fantasma caminando á un precipicio....

Clareaba indeciso el día.

La ciudad dormía tranquila.

Adelante el oscuro inmenso mar, como desmereándose al beso primero de la luz ; allá, el perfil verde oscuro de la arboleda, y encima plumizas nubes, cual si el día quisiese tardar en aparecer.

Por una playa, cercana á la ciudad, entre el ruido del mar que ruge amenazante y los gorjeos de las aves que despiertan acariciadas

por la débil luz, avanza un grupo de hombres. Son soldados.

Al llegar á una arboleda se detienen, y de enmedio de ellos se hace salir á un hombre vestido con esmero y de majestuoso andar ; colócasele á la sombra de una palma, véndansele los ojos, y el oficial hace las fatídicas señas...

Un fogonazo.... una detonación.... y el hombre á tierra.

Iturbide había muerto!...

La República que lo había perdonado primero, lo castigó al fin.

En su primera intentona, lo protegió la fortuna ; en la segunda lo abrazó la muerte al desembarcar.

Declarado fuera de la ley, y aprehendido al poner el pie en tierra, aquel soñador que iba en busca de un trono, halló un patíbulo. La púrpura se trocó en sudario!...

Con el tirano incorregible, la ley fué inflexible!

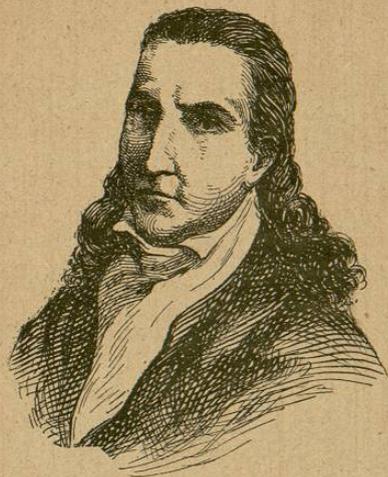
Al levantar aquel cadáver imperial, sobre su frente no había dejado huella alguna la corona : sólo había en ella un punto negro, un agujero, por el cual salía mucha sangre...

El plomo de un soldado había dejado huella más honda que el oro de la diadema.

Aquella herida era el dedo del pueblo, puesto sobre aquella frente coronada.

Era el primer acto del Imperio en América.

El último, sería en Querétaro.



FRANCIA

Un buitre crecido en un nido de cuervos.

Los jesuitas fueron sus maestros y sus inspiradores: bajo sus negras alas emplumó aquel buitre, que tanto tiempo había de tener bajo sus férreas garras la noble libertad del Paraguay.

Había en su temperamento algo del cenobita y del César, del asceta y del filósofo.

Era una conciencia inmensa, pero oscura.

Aquella alma era levantada, pero tenebrosa como el firmamento en las noches del polo, que no tiene astros.

Ilustrado, pensativo, dominante, frugal, era un déspota cuyo perfil tenía algo de la horrible austeridad de Robespierre: era, como éste, severo y feroz, implacable y puro. Esos déspotas así, tienen la casta ferocidad de la Diana de la Mitología. Son, como las nieves de las alturas, inmaculados, pero inclementes.

Había estudiado para cura, sin llegar á serlo, pero llevó siempre en su alma ese tinte sombrío de todo el que ha meditado largo tiempo á la sombra de los claustros.

Esa tendencia monacal se extendió á su política, haciendo del Paraguay un inmenso monasterio.

Su siniestra aspiración fué el despotismo; su único ideal el silencio.

Tirano marmóreo, rígido, sin compasión y sin entrañas, puede decirse de él lo que Paul de Saint-Victor decia de Carlos XII de Suecia: — *Examínadle bien, y no encontraréis ni una sola vena de carne en aquel hombre de bronce; para él no existía ni la mesa, ni el lecho, ni los placeres.*

Para este otro no había más que el poder. Detener el progreso: he ahí su aspiración. Tuvo la manía del obstruccionismo. Jerjes azotaba el océano; él quería abofetear la civilización. Igualdad de locuras; reproducción de neurosis á través de los siglos.

Era, sin embargo, puro y honrado. *Las altas montañas tienen esa virginidad siniestra.* Blancura

sombría, como la de un cadáver; palidez de espectro, pureza de sudario.

No tuvo más amor que el de la autoridad, y se abrazó á ella con frenesí. Se desposó con la tiranía, y le fué ferozmente fiel.

Era frugal y hasta sucio; comía mal, y vestía peor. No dio nunca una fiesta, ni supo lo que era el lujo: era el busto de Marat hecho austero.

Inaccesible á la corrupción como á la piedad, era estoicamente implacable.

Era fanático, condición sin la cual no se puede ser feroz.

Odiaba á la civilización como el buho á la claridad.

Cual un aguilucho salvaje en la grieta de una roca, inmóvil la roja pupila, crispadas las garras, y erizado el plumaje, así, hosco, irritado, vivió veinticinco años aquel dictador sombrío, en el fondo de su casa en la Asunción, lleno de sueños, desconfianzas y temores, venteando el progreso, huyendo de la luz y desesperado al ver cómo á su despecho se aclaraba lentamente el horizonte!...

Tenía el instinto del tirano, que comprende que la ilustración del pueblo es la muerte de su poder; y por eso prohibió la introducción de libros y periódicos, la impresión y circulación de escritos, y la entrada de extranjeros al país. Bonpland, el sabio botánico, cayó en el antro de la fiera, y tuvo que vivir diez años allí.

No toleró nunca opositores, ni rivales.

Cuando, sin avanzar todavía bien su espantosa figura en el escenario político, se hizo nombrar Cónsul, con el immaculado patriota Yeros, estableció dos curules, llamadas de *César* y de *Pompeyo*, y él ocupó la de *César*. Yeros, que ocupaba la de *Pompeyo*, no tardó en desaparecer, no como aquel otro vencido en Farsalia, sino fusilado con cuarenta compañeros por aquel *César* asustadizo y deforme.

Los jesuitas fueron su gran fuerza. Su despotismo místico los tuvo por columnas y sostén. Ellos hacían la noche en la conciencia del pueblo, para que aquel vampiro harto de sangre pudiese vivir y revolotear á su antojo sobre aquel pueblo asustado.

Aislado en su poder, asombrado del propio silencio que hacía guardar, viendo llegar poco á poco la muerte, cada día fué haciéndose más suspicaz, más desconfiado, más cruel. Su aislamiento lo condujo á la misantropía, su misticismo al delirio, su temor á la alucinación.

Sólo pensaba en la muerte, y veía por todas partes conjurados y puñales.

No salía á la calle sino á caballo, rodeado de guardias, haciendo que cerraran á su paso todas las puertas y ventanas, y los transeúntes se retiraran á veinte pasos de distancia suya.

Había llegado al último grado del despotismo: la locura.

Aquel elefanciaco del poder huía del contacto humano: él mismo se hacía justicia.

Así trascurrieron los últimos años de su gobierno para aquel misántropo horrible.

Un día hubo más silencio que de costumbre en las habitaciones del sombrío ilusionado... No se vio salir á nadie, pero nadie se atrevió á entrar tampoco. Las guardias se relevaron en silencio. Al mediar al día siguiente se notaba un mal olor en las habitaciones presidenciales. Al fin fué preciso entrar.

El déspota había muerto.

Al pie de su lecho, rígido, frío, con ademán soberbio, yacía el octogenario dictador.

Había muerto como había vivido: solo, en su celda como un asceta; pobre como un filósofo.

Sus funerales fueron suntuosos, y se le levantó un mausoleo; pero un día manos vengadoras abrieron la bóveda, el cuerpo fué extraído de ella, y los perros hambrientos lo devoraron.

También en la antigüedad el polvo de Nerón fué aventado lejos.

Para Francia no quedó tumba donde ponerle un epitafio.

Los tiranos osan soñar con la gloria, y piensan en la inmortalidad de su miseria, queriendo con lujosos monumentos perpetuar su miserable nada; mas pasan la justicia de los siglos y la tempestad

de la historia, y derribándolo todo, sólo deja en descubierto sobre la piedra desnuda esta tétrica palabra : TIRANO.

Para todas las tumbas tiene la humanidad una lágrima ; para éstas no tiene más que un anatema.

Sería un sacrilegio llorar á un muerto que ha hecho tanto llorar vivo.

La tiranía es un delito que no prescribe ni con la muerte.

Los tiranos son desertores de la humanidad, que, ni muertos tienen derecho á refugiarse bajo el pendón de la clemencia humana.



ROSAS

Hé aquí otro alucinado trágico.

La historia de este gaucho feroz merecía ser escrita en el dialecto bárbaro de una tribu americana, para encanto y modelo de salvajes, y para ser narrada en el fondo de una selva, al resplandor del *vivac* en un campamento de *cazadores de cabelleras*.

Es algo así como la fantasía de la barbarie, la invasión de una tribu, el reinado del hombre del desierto.

Rosas es un tipo digno de ser historiado por un Jornandes americano.

No tiene la historia militar y el valor épico que cautiva en Iturbide, aquel rey de campamento, ni la casta y feroz austeridad que impone en Francia, aquel cenobita del poder : éste no tiene casi perfil humano.

Y, sin embargo, al decir de sus biógrafos, era bello como Byron, y apuesto como un guerrero de leyendas orientales : *forma fuit eximia*, diría Suetonio. Su alma era sombría y tétrica.

El viento del desierto con hálitos de tempestades y olor de selvas vírgenes, meció la hamaca del moriches y arrulló el sueño infantil de este gaucho salvaje, asordando su oído con el rumor de sus tormentas. Las perspectivas ilimitadas y solemnes de las pampas, y un cielo azul como sus ojos, y á veces tempestuoso como su alma, fueron su primitivo horizonte. El canto de las aves al aclarar el día, y el roznido del jaguar en la cercana selva durante la noche, fueron el himno con que la naturaleza arrulló aquel temperamento indómito y cruel.

Así, en medio de aquella soledad, libre, indomable, fogoso, creció aquel gato montés, que salta luego sobre las páginas de la historia, con una talla de tigre.

Pastor adolescente, vagabundo y perverso, siempre con el lazo tendido, montando potro indó-

mito, este centauro niño era á los catorce años terror de la comarca, pues la corría ya, cazando ciervos antes de cazar hombres, violando mujeres antes de violar leyes, y matando animales indios antes de matar hermanos.

Era una naturaleza inculta, primitiva y feroz : el temperamento perfecto de un jefe de beduinos.

Como el movimiento de la onda sísmica hace salir las fieras de sus cuevas, así la convulsión de la guerra hace salir de sus guaridas esas fieras humanas, llamadas *déspotas*.

Las revoluciones que han dado tantos tiranos al mundo, dieron á Rosas á la República Argentina. Estudiando en una escuela militar lo halló una de éstas, y lo lanzó á la vida pública.

Asaltó el poder como un gato, de un brinco, y se sentó allí, con su aspecto felino y astuto.

Fusilado Dorrego, después de Ituzingo, y vencido Lavalle, Rosas imperó solo.

Desde entonces perteneció á la raza sagrada de los *providenciales*, y fue implacable.

Como jefe nato de la *mazorca* y otras agrupaciones de bandidos, tuvo por veinte años suspendido el puñal sobre la república, hiriéndola sin piedad. Veintidós mil quinientos argentinos murieron bajo el cuchillo de sus sicarios.

Aquella fiera no toleraba más que una mano que acariciaba á veces su desmelenada y enorme cabeza : Manuela, su hija.

Bajo aquella blanca mano la espantosa faz del tigre se serenaba, volviendo á tomar casi sus facciones humanas. Así el viejo león de Arabia cierra los ojos fingiéndose dormido al sentir sobre su frente la proyección del ala blanca de una paloma viajera.

Rosas en la historia tiene una magnitud sombría : pertenece á la clase de los cataclismos. Su paso por el poder marca una de esas épocas inolvidables, algo así como una invasión de piratas, un temblor de tierra, la inmensa desolación del cólera... Tiene la inmortalidad de los grandes azotes.

El poder se pegó á su cuerpo como la túnica de Neso, para consumirlo, y furioso este jaguar pampero devoró cuanto encontraba al paso.

La fortuna, que tiene condescendencias inexplicables, dio besos de amor en la frente de aquel monstruo.

Encastillado en Buenos Aires, lidió con los ingleses, con los franceses, pactó con unos, cansó á los otros, triunfó de varias revoluciones; la injusta victoria lo acarició, y fue omnívoro.

Pero el despotismo es un coloso que tiene los pies de lodo, y la ola más débil, en el momento más impensado lo derriba.

El dictador argentino cayó un día á tierra, en medio del aplauso universal.

La fortuna no le volvió por completo la es-

palda, y pudo escapar con su hija y sus riquezas. Se refugió en Southampton.

Los mares del Norte, oscuros y tempestuosos, dieron su arrullo formidable al alma de aquel tirano, siempre feroz y entonces entristecido.

Como un tigre en los juncales de un pantano, paseaba el gaucho criminal todas las tardes por las riberas del mar, dejando errar sobre las olas su mirada felina, y sintiendo en el alma la nostalgia del poder y del desierto. Del brazo de su hija, anciano y meditabundo, veían los viajeros americanos aquel monstruo, sobre el cual empezaba ya la justicia de la historia á agitar sus alas formidables.

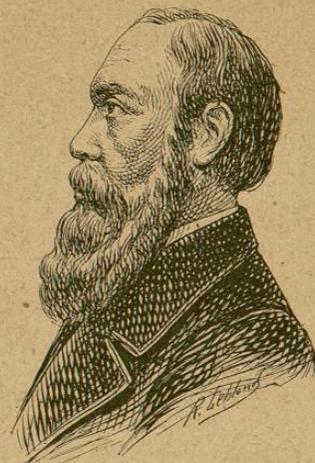
Un día cayó enfermo; y, cuidado por su familia, auxiliado por su oro, que era lágrimas condensadas, atendido por la ciencia, ungido por la religión, en cuyos altares había figurado entre sus santos como un patriarca modelo, como el hombre que no hubiese hecho ningún mal, dobló para siempre su cabeza cargada de maldiciones aquel tirano trágico, para quien todos los tormentos del mundo habrían sido pocos.

Oh! injusticias supremas del destino!

Cuando se ven estas desapariciones tranquilas de déspotas, estos desafíos insolentes al sufrimiento de los pueblos, se hace difícil que haya quien ante aquellos sepulcros hable de la eterna justicia!

Entonces no queda sino una vengadora terrible :
la Historia.

Ay! pero ese rayo no aniquila sino una som-
bra !...



MELGAREJO

Este tirano no tiene biografía.

Su historia fue su crimen.

Fugaz, trágico, sangriento, pasa en el torbellino de la política de su tiempo, como esas nubes cárdenas y amenazantes que arrastra y disuelve el huracán.

Tuvo la fulgurante y asesina rapidez del rayo ó del puñal. Brilló en la sombra, asesinó, y pasó.

Era velludo como un oso, fornido como un toro, cruel como un tigre, y torpe como un topo.

Oscuro, ebrio, brutal, fue por sus vicios una

especie de Andueza Palacio, pero *masculino* y con machete.

Epicure grege porcum, diría Horacio.

El vicio triunfante, la vulgaridad hecha poder, la audacia vencedora : eso fue él. Una de esas figuras de decadencia que anuncian el raquitismo de las tiranías.

Soldado atrevido y ambicioso, no tuvo más virtud que el valor, el cual en ciertas almas es un instinto brutal.

Fue hijo del tumulto y de la guerra, nació en el seno del desorden, y vivió en el motín : esos hijos del caos son siempre atrevidos y feroces como el hombre primitivo.

De pronunciamiento en pronunciamiento, de traición en traición llegó á la cima : así se asciende en épocas de sombra. Hay flores que sólo se abren en la noche, aves que sólo vuelan en tinieblas, plantas que sólo crecen en el fango. Así hay almas que sólo viven en el desorden, creciendo en medio de él con espantosa majestad.

Melgarejo era una de éstas.

Representaba algo así como uno de aquellos emperadores, fugaces, hechos y deshechos por los pretorianos en las postrimerías del Imperio Romano. Soldados que no alcanzaban á llegar bajo el solio, y á falta de trono se suicidaban en su cama, como Oton, y se envolvían para morir en su abrigo de campaña, á falta de la púrpura soñada.

Tumbas ignoradas, sobre las cuáles no extendían sus alas las victoriosas águilas del Lascio !

Había peleado como un bravo en Ingavi, siendo, con Ballivián, vencedor de Gamarra, é invasor del Perú.

Fue para Bolivia uno de esos soldados que la dominaron tanto tiempo, como Bulnes, Ballivián, Velasco, Sánchez, ó Achas, y cuya personificación ambiciosa, pedantesca, brillante y soñadora, fué Linares.

Después del crimen de Loreto, del cual acaso no estaba puro, concibió el plan de tumbar el gobierno de Acha, y así lo hizo, dando en tierra con él por medio de un golpe de cuartel.

Su poder fue efímero y sangriento.

Patíbulos, venganzas, crímenes : una mancha de sangre y de sombra, tal fue lo único que dejó en la historia.

Derribado después por una revolución semejante á la que lo había llevado al poder, escapó con vida por rareza, y se refugió en el Perú.

Un día, en Lima, ebrio, escandaloso, brutal, entró en casa de su hija, puñal en mano, y fue muerto por el marido de ésta, al pie de la escalera de la casa.

Así concluyó aquel tirano imbécil y feroz.

Su historia casi no alcanza á ocupar una página.

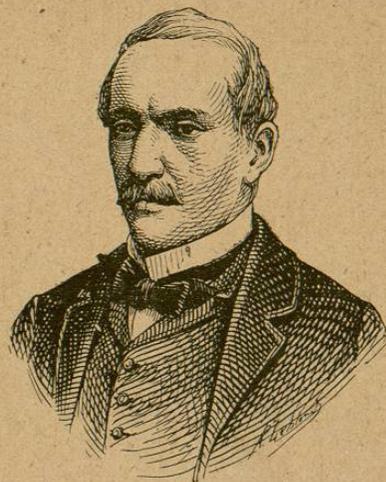
Fué un triste ejemplo de esa funesta dinastía del sable, del cual aún no nos vemos libres en la América del Sur.

La libertad ha podido alguna vez refugiarse en los campamentos, pero no ha salido nunca pura de ellos.

Los soldados afortunados pelean por la libertad como por una querida, para violarla.

Siempre que la libertad ha caído en los brazos de un guerrero, ha muerto sofocada por él. Todos ellos la deshonran primero, la traicionan luego, y la matan al fin.

Esa es la eterna historia, repetida por todos, ya se llamen Napoleón, que fue el genio, ó Melgarejo, que fue la audacia.



GARCÍA MORENO

Henos aquí en lo más espeso de la sombra!...

García Moreno es el horrible pájaro de la noche.

Para perseguir á este tirano buho hay que bajar con él hasta el fondo del abismo, siguiéndolo en su voloteo vertiginoso en las tinieblas.

La proyección de la figura de este déspota en la historia es pequeña y deforme : es repugnante como una larva, y venenosa como una víbora.

La historia de su trágica dictadura no tiene un rayo de luz! Prodigó la muerte y la sombra,